

## La crisis de los alimentos

Araceli Damián\*

La fragilidad del sistema global de abastecimiento de alimentos es evidente. El cambio climático y el alza de los precios no tienen precedente y se agravan. Como consecuencia, el poder adquisitivo de las familias disminuye y la pobreza aumenta.

De acuerdo con un reporte reciente de Oxfam (*Cultivar un futuro mejor. Justicia alimentaria en un mundo con recursos limitados*, junio, 2011) el alza de los precios de los alimentos iniciada en 2007 y la crisis de 2008 han provocado que el número de personas que padecen hambre en el mundo se ubique de nuevo en los mil millones. El dato se refiere a los que viven con menos de un dólar con 25 centavos al día. Esta cifra no considera el aumento del hambre provocada en África por las grandes sequías ocurridas este año.

En contraste, según el reporte de la calificadora Merrill Lynch (*Reporte mundial sobre riqueza, 2011*) los casi 11 millones de millonarios del mundo (0.15% de la población mundial, aproximadamente) han recuperado las pérdidas provocadas por la crisis de 2008 y en 2010 su fortuna era más elevada que en 2007. Es claro que sus privilegios están por arriba de la vida y el bienestar de las mayorías en el mundo.

El reporte de Oxfam señala que el alza de los precios y la crisis precipitaron protestas en 61 países con disturbios o manifestaciones violentas en otros 23. A esta cifra habría que sumar las recientes protestas en países como Grecia, Portugal, España, Londres y Chile, cuyos manifestantes no padecen hambre, pero han perdido infinidad de derechos por las medidas de ajuste y recortes presupuestales exigidos por los dueños del dinero para “estabilizar” las economías que ellos mismos desestabilizaron.

Oxfam ubica como la principal causa del hambre y la inseguridad alimentaria en el mundo al cambio climático y a la presión que ejerce el mercado de futuros sobre los precios de los alimentos. De acuerdo con investigaciones citadas se espera un alza de los precios de estos productos básicos de entre 120 y 180% para 2030.

Este incremento es difícil revertir debido al aumento en la urbanización, que provoca, por un lado, que una mayor proporción de la población mundial se incorpore a las formas dominantes de consumo, haciendo la dieta “global” cada día más “occidentalizada”, lo que genera una mayor demanda de tierra y agua para la producción de carne, que a su vez aumenta los gases efecto invernadero. El documento de Oxfam no desconoce que más allá de las dificultades que se presentan en la producción de alimentos, el problema del hambre tiene que ver con uno de desigualdad. Por un lado, están los miles de millones de hambrientos y, por otro, más de la mitad de la población de los países industrializados padece sobrepeso y la cantidad de comida desperdiciada se calcula en hasta un 25 por ciento.

De acuerdo con Oxfam el nivel de productividad del agro ha crecido más lentamente en comparación con la década de los setenta. Se calcula que el crecimiento agregado mundial de los rendimientos era de 2% en promedio entre 1979 y 1990 y se desplomó en torno al uno por ciento entre 1990 y 2007. Además, el consumo global de cereales y semillas oleaginosas ha sido mayor que la producción en siete de los ocho años entre 2001 y 2008.

Se señala que la superficie cultivable se hace cada vez más escasa, sobre todo en los países ricos. Por tanto, las tierras de los países en desarrollo constituyen una reserva importante. Aunque Oxfam no lo plantea, podemos suponer que ello ha llevado al despojo de enormes contingentes de agricultores pobres que dependen de las tierras agrícolas para su sobrevivencia, sobre todo en países pobres y en “vías de desarrollo”.

No debemos olvidar que una parte importante de la población en esos países se encuentra dominada por gobiernos corruptos, militarizados, en guerra civil o dictatoriales, que gozan del privilegio de ser reconocidos como “legítimos” por parte de la comunidad internacional y, por tanto, con derecho de vender, otorgar o dar en concesión los recursos naturales a extranjeros y empresas privadas, lo que hace más vulnerable a los dueños genuinos de las tierras cultivables.

Debemos considerar también que a raíz de la crisis de la deuda de los ochenta muchos de esos gobiernos dejaron de invertir en la agricultura, ya que los

organismos internacionales condicionaron el otorgamiento de nuevos créditos a la eliminación de subsidios a esta actividad y al abandono de programas de inversión importantes para el desarrollo agrícola. Ello ha provocado que dependan más de las importaciones de alimentos básicos, haciéndolos más vulnerables, situación que comparte México.

El Colegio de México, [www.aracelidamian.org](http://www.aracelidamian.org)